

“Caquilla”

Bartolomé Leal

Esperamos la noche para atacarlo. Éramos tres contra uno, de modo que ganábamos; aunque Caquilla solía presentar resistencia. Tolo iba armado con el revolver a postones, Sabugal con su cerbatana de pinchos, y yo con una honda, los bolsillos llenos de piedras. “Lo mejor es atacarlo cuando esté cagando”, dictaminó Tolo, nuestro líder. Abrimos de golpe la feble puerta de la caseta donde defecábamos en la parcela, sobre un cajón, hacia un hoyo repleto de excrementos. A la luz de la linterna de Sabugal, vimos a nuestra víctima, pujando. Tolo gritó: “Depravado, vienes a puro correrte la paja. ¿Te fusilamos o tiramos al hoyo?”.

Lloriqueó Caquilla: que no fuéramos malos, tenía algo para ofrecernos. Nos hizo titubear. Entonces el asqueroso se llevó ambas manos al trasero para sacarlas colmadas de mierda y ponerlas frente a nosotros, burlándose. Disparamos al unísono, sin hacer caso de los chillidos desgarradores, ciertamente falsos, de Caquilla. La fetidez era tan grande que no osamos ponerle las manos encima para tirarlo al hoyo. Al día siguiente lo vimos, lleno de moretones y arañazos. Le habíamos dado. Tolo le dijo, amenazante: “Nos debes una, Caquilla. Reza por adelantado”. Después nos pusimos amigablemente a jugar a las bolitas.

“Crimen perfecto”

Bartolomé Leal

Era tanto el odio que sentías por ella que decidiste matarla. A tu esposa, la madre de tus hijos, la compañera de tantos viajes emocionantes y aventuras intelectuales. Cierto. Pero se había transformado en un monstruo y debías actuar pronto. No merecía más... ni menos.

Aprovechaste su propensión a beber, una tarde que había invitado amistades comunes que te aceptaban. Vivían separados. Le llevaste, conciliador, una botella del pisco que más apreciaba. Licor letal. La contemplaste beber inmoderadamente. Luego te fuiste, antes que nadie, estacionaste lejos tu auto. Te ocultaste cerca de casa y verificaste la salida de todos y cada uno de los invitados.

Volviste a entrar y la hallaste tirada sobre un sillón, completamente borracha. Con tus manos enguantadas la hiciste acercarse a la piscina (la noche sin luna se mostraba oscurísima) y lentamente la hiciste bajar por los escalones. Por mientras, ella farfullaba incoherencias, que quería bañarse en pelota. Tú le decías que más divertido vestida. Esperaste hasta que se hundiera y asfixiara, la viste flotar boca abajo. Te retiraste sin ruido, cogiste el auto y volviste a tu piso. Crimen perfecto.

¿Por qué lo contamos aquí? Para que sepas que sabemos... y no te perdonamos, papá.

“Diálogo de taberna”*Bartolomé Leal*

El inmigrante rumiaba solitario su incierto destino en la atestada taberna, frente a un vaso de cerveza de barril, la más corriente, la menos cara. Se había preparado concienzudamente para lo que vendría. Tanteó su mochila para asegurarse. Al otro extremo del mesón, un tipo grandote lo observaba desde hacía rato, con ironía y tal vez con rencor.

Terminó por instalarse a su lado, tras caminar en zig-zag, tambaleando con su tercera copa de bourbon en la mano.

–¿Lo puedo ayudar en algo, amigo? –le dijo.

–No gracias, señor –respondió el otro.

–Luce triste. ¿Quiere morir? –le preguntó–. Lo puedo matar.

–No señor, gracias –volvió a responder el inmigrante.

–¿Se está burlando de mí, amigo? Si es tan descortés, me temo que voy a tener que matarlo. ¿O quizás desea que lo mate?

–No señor, gracias –repitió el otro.

–Escuche, amigo –le espetó el grandote–. Si me besa el culo, no lo mato.

¿Hacemos trato?

–No, señor –fue la previsible respuesta.

El grandote sacó melancólicamente su pistola y le apuntó al otro en la cabeza. El inmigrante miró su reloj.

La explosión los hizo volar a ambos por los aires, en pedacitos. Al Qaeda había atacado de nuevo.

“La puta más buena del mundo”

Bartolomé Leal

Una noche pasaba por estación Mapocho en autobús. Allí se sitúan los mercados de productos agrícolas: abundan cargadores, choferes, vendedores de baratijas y subempleados. En la esquina de calles Esmeralda y San Antonio de Padua se instalan unas rozagantes putas al servicio de ese microcosmos. Rancias, vulgares, pintarrajeadas, siempre sonrientes. Noté que un joven espástico se había acercado tímidamente a Soledad. La miraba con ganas, contoneándose merced a su enfermedad.

La puta hizo con la cabeza un gesto de vamos, mientras le ofrecía sus contundentes tetas. El espástico aceleró sus movimientos, nervioso. La puta repitió el gesto. Finalmente se acercó, lo tomó del brazo, le dijo algunas palabras y partieron. Bajé del autobús. Los seguí hasta que la bondadosa puta gorda y al ardoroso joven con mal de San Vito, como le llaman acá, se metieron en el oscuro callejón Lídice. En un rincón meado de orines las putas prestan servicios a módico precio...

Soledad empezó su trabajo frotando el tembloroso pene del muchacho, quien con los ojos en blanco y espuma en la boca, luchaba por lograr una erección. La puta me descubrió. Aulló: ¡Si me espantas al cliente, te mato, Bartolomé! ¡Mirón degenerado, como todos los escritores, carajo!

Motel

Bartolomé Leal

El flaco entró como una tromba a la pieza, ni la flaca ni yo pudimos hacer nada. Ella estaba montada encima mía, acabando; yo tenía las caderas levantadas, metiéndosela hasta el fondo; ella ahogaba un gemido que iba a devenir grito, pero no le salió más que aire cuando el flaco le enterró en un riñón el enorme cuchillo que enarbolaba, para sacarlo rápidamente y clavárselo en la garganta cuando ella se retorció hacia atrás. La flaca escoró despidiendo sangre por cintura y cuello, sin desprenderse de mí, sujeta por mi miembro que se mantenía erecto, sosteniendo la eyaculación, como si tuviera vida propia.

El flaco lanzó un aullido y se abalanzó sobre mí, alzado el cuchillo sanguinolento. Me di por muerto, aunque tenía que ocurrírsele la idea de separarnos y con una carcajada apuntó hacia nuestros genitales unidos, pero yo usé el cuerpo inerte de la flaca como escudo, con lo cual la arremetida sólo significó que el arma volviera a hundirse en ella, trabándose entre sus costillas. Vi al flaco luchar para desprender el cuchillo. Aproveché el momento para darle con toda mi alma con la lámpara del velador. Eso me salvó. Por eso estoy contando el cuento...

Diciembre 2008